

CARMINA

Veo su paso lento y su cuerpo encorvado cuando se levanta. Hay días cuando llego que aún no se ha despertado, me acerco y con suavidad le doy los buenos días. Como una niña perezosa levanta sus pestañas aleteando confusas al arrancarla de su sueño. Me reconoce y me sonrío, luego me cuenta si la he liberado de alguna pesadilla.

Cuando ha terminado el desayuno le doy la crema antiinflamatoria en las articulaciones, que casi todos los días le protestan y se quejan. Le procuro un masaje con hidratante por el resto de la pierna que no se relaja, aunque con mis manos se lo diga. Otra vez la tos le irrumpe en la garganta, por eso la botella de agua siempre la tiene cerca.

Sin querer, al lavarse presiona el botón de su medalla de la Cruz Roja, le preguntan cómo está. Ella entonces se desahoga y les cuenta que hace muchos días que no ve a sus nietos. Que ya se le hace pesado este encierro. Y que este tiempo de lluvia le hunde el ánimo.

Le dejo que confiese su soledad y prefiero no intervenir, aunque por otro lado quisiera advertirles que en ese momento no está sola, que yo la cuido.

Luego intento distraerla y le comento que ayer hice un bizcocho con masa madre y que le he traído un trozo. Entonces me explica todo lo que ella antes cocinaba.

Ahora es su hija la que le hace la comida, la que procura que no le falte de nada. La que confió en mí para que le ayudara el ratito que ella no estaba.

Al principio me resultaba difícil saber cómo se sentía, ahora enseguida se lo noto en el semblante. Si le molesta el estómago le hago una manzanilla, si no le preparo un vaso de zumo.

A veces para retener sus lágrimas le cojo las manos y me pongo en cuclillas, para así estar más cerca de su dolor. Con las mejores palabras y desde la empatía intento animarla. Ella me dice que no me preocupe, que son cosas de la depresión que cuando la engancha y siente esa angustia no puede hacer otra cosa que pasar el mal rato.

Otros días me cuenta alguna anécdota con sorna y nos reímos juntas.

A veces en cascada derrama recuerdos y en ellos encuentro los tesoros de un rico pasado, aunque a veces cruento.

Me regala unas servilletas que ella misma bordó hace unos cuantos años, en el tiempo que salía a pasear con amigas, se juntaba con las vecinas para tejer con agujas o ganchillo. Se arreglaba para salir de cena con su marido.

Si desde la terraza ve a las parejas cogidas del brazo se acongoja pensando cuánto le extraña. Desde entonces no ha sido la misma. Me cuesta ponerme en su lugar y no puedo por más que abrazarla, que sepa que es normal sentir desconsuelo, pero que ella sigue aquí y hay que continuar lo mejor posible. Alguna mañana dedicamos tiempo a sus plantas, ella prepara el abono para ayudar a la primavera, quitamos las hojas secas y le dejo unas botellas llenas de agua para que al anochecer las pueda regar sin peligro de quemarlas.

Tiene algunas costumbres igual a las que tenía mi madre, siento la nostalgia de no tenerla e intento pasar la pena de puntillas contándole a Carmina cosas de ella.

Me dice que tiene ganas de verme sin mascarilla y yo le digo que cada día falta menos para saludar con besos nuestras mejillas como acostumbrábamos. Esboza una leve sonrisa y se conforma.

Nunca me ha puesto una mala cara, es una mujer dulce que inspira ternura. Ya no compartimos ese espacio de tiempo juntas como dos extrañas, sino como dos privilegiadas unidas en la sustancia del cariño.